JAVIER DURAN / GETTY IMAGES

IBIZA

La primavera es el momento de conectar con la naturaleza y las tradiciones de la mayor de las Pitiusas, caminar por bosques, entre campos o junto a calas donde el azul ofrece infinitos matices.

XESCU PRATS, AUTOR DE LA GUÍA Y EL BLOG *IBIZA5SENTIDOS*

CALA SALADETA
Es una de las mejor preservadas de la costa de Sant Antoni. Se llega a pie desde la Cala Salada.

La Ibiza más auténtica y natural adquiere su mayor esplendor en primavera. De norte a sur, la isla despliega un interior tricolor, de pinares, campos floridos y casas encaladas que contrastan con su costa azul.

Quien no haya viajado nunca a Ibiza y se rija exclusivamente por el caudal de información que fluye a través de internet y los medios de comunicación, imaginará que, hasta la epidemia del coronavirus, en esta isla balear el día y la noche se fundían en una orgía perpetua y febril de excesos y música electrónica. La Ibiza verdadera, muy al contrario, es apacible en la inmensa mayoría de su territorio y aúna una sucesión de recodos de belleza natural con un patrimonio cultural e histórico tan inesperado que los tópicos y las ideas preconcebidas se derrumban en un santiamén.

Como el pavo real que despliega su cola, la isla refulge al despertar la primavera, cuando los días se alargan, el mar suaviza su temperatura, el verdor del campo aún no ha comenzado a marchitarse y los pueblos se desperezan del letargo invernal. Un paisaje natural y bucólico que contrasta con torres y bastiones erigidos en nidos de águila, sencillas casas de campo de cal y piedra que reflejan el innato sentido estético de los ibicencos de antaño y una sucesión de cultivos escalonados con muros de piedra seca en los montes, que contrastan con el tupido manto de pinos que coronan su cima.

AISHA BONET PHOTOGRAPHY / SHUTTERSTOCK

PLA DE CORONA
En esta llanura en torno al pueblo de Santa Agnès se cultivan algarrobos, olivos, vid y, sobre todo, almendros. La tradición agrícola en la isla se está recuperando gracias a un programa de incentivos y ayudas institucionales.

Si hay un color que predomina en Ibiza es el verde. La exploración de estos enclaves constituye un argumento para enamorarse de una isla insospechada, con una imagen internacional que se sitúa en las antípodas de la realidad.

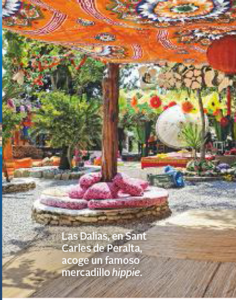
Para emprender una inmersión por esta Ibiza auténtica aconsejo comenzar por Es Amunts, Área Natural de Especial Interés que se extiende por el norte de la isla y ocupa la cuarta parte de su superficie. Por la costa, en el sentido de las agujas del reloj, este territorio abarca desde Cala Salada, en Sant Antoni, hasta la playa de S'Aigua Blanca, en Sant Carles. La primera parada en la ruta son dos llanuras contiguas, el Pla de Corona y el Pla d'Albarca. Están cosidas por una cordillera de montes emboscados de escasa altura que se asoman a los acantilados pétreos que caracterizan la costa más abrupta de Ibiza, sobrevolados por halcones de Eleonora y águilas pescadoras. Ambos enclaves son como un imán para los senderistas.

El Pla de Corona es famoso por sus plantaciones de almendros, que en primavera ya están cubiertos de hojas tras la floración invernal. El llano es puramente agrícola, mientras que las laderas de los montes acogen un singular conjunto de casas rurales, algunas con cientos de años de antigüedad. El paisaje permite rememorar la Ibiza anterior al turismo, cuando los campesinos construían a pies y palmos sus viviendas, formando cubos de distintas alturas adaptados a la pendiente, que se iban añadiendo al cuerpo principal según crecía la familia o las necesidades de la finca. Los ibicencos de entonces practicaban una economía de subsistencia, cultivando, criando animales y construyendo sus casas con los materiales que les rodeaban, como piedras y cal para los muros y madera de sabina, algas, ceniza y arcilla para cubiertas y techos. Esta sabiduría constructiva y popular –singular comunión entre naturaleza y urbanismo– despertó la admiración de arquitectos tan destacados como Josep Lluís Sert, Le Corbusier o Erwin Broner.

La mejor fórmula para adentrarse en los paisajes del Pla de Corona es estacionar en el pueblo de Santa Agnès, cerca de su iglesia encalada, construida en el siglo XVIII por los propios vecinos. Desde aquí parte un camino que circunda la llanura y permite explorar la retícula de senderos que

PARQUE NATURAL DE SES SALINES
La punta sur de la isla es un extenso brazo de tierra con salinas y playas de arena fina que se estira hacia Formentera.

GONZALO AZUMENDI / GETTY IMAGES



Las Dalias, en Sant Carles de Peralta, acoge un famoso mercadillo *hippie*.

atraviesan por la linde de las fincas los campos de almendros y los pastos donde se crían rebaños de ovejas y cabras. También se asoma a los islotes de Ses Margalides, desde el precipicio de Sa Penya Esbarrada. Este lugar fue rebautizado Las Puertas del Cielo por los *hippies* de los setenta, en homenaje a la mítica canción de Bob Dylan, pues en tan insólito paraje experimentaban lisérgicos atardeceres.

Los senderistas en buena forma y carentes de vértigo también descienden hasta Ses Balandres, una orilla tan apacible como rocosa e ignota. La bajada no es peligrosa pero sí exigente por la vertiginosa pendiente, a pesar de contar con escalas de piedra y cuerdas. Fueron instaladas por los pescadores de los varaderos que hay al pie del acantilado. Antaño hacían esta excursión a diario y ascendían cargando a la espalda las sacas de pescado. Ya de vuelta al pueblo, el tradicional colmado-bar Can Cosmi será un magnífico lugar para recuperar fuerzas. Degustar una de sus sencillas tortillas paisanas de patata y verduras en su soleada terraza representa un instante de felicidad absoluta.

Las praderas de posidonia son el mayor tesoro natural de las aguas de Ibiza y Formentera.

BARTU JUAN / SHUTTERSTOCK

El Pla d'Albarca, donde se asienta la iglesia de Sant Mateu, también del siglo XVIII, constituye el epicentro de la vid en Ibiza. La singularidad de su paisaje radica en el intenso tono almagre que adquieren sus campos roturados, puro óxido de hierro, en las higueras apuntaladas que crecen a lo ancho y, sobre todo, en las parcelas cubiertas de cepas viejas y enmarañadas, aún desnudas en esta época. Algunas bodegas, como Can Maymó, aguardan en las inmediaciones y aceptan visitas con reserva previa. Desde el pueblo se puede descender también hasta Cala d'Albarca por un amplio sendero forestal que desemboca en una costa rocosa, verde y apabullante, donde

B. BÖNSCH / AGE FOTOSTOCK

los pinos prácticamente se vuelcan sobre el mar. Un llamativo puente de piedra, cincelado por las tormentas, atrae al caminante e impele a cruzarlo aunque no conduzca a ninguna otra parte.

A pocos kilómetros de Sant Mateu aguarda otro insólito escenario rural alejado de los ramales turísticos que impresiona por su historia y continuidad en el tiempo. Se trata de Es Broll de Buscastell, un conjunto de parcelas de cultivo organizadas mediante bancales en torno a una acequia central de la que parten diversas ramificaciones. Esta azacaya, herencia de la cultura islámica que pobló Ibiza durante cientos de años hasta la reconquista cristiana del siglo XIII, distribuye el agua que mana de la fuente de Es Broll, el acuífero más importante de la isla. El agua actúa como columna vertebral de estos prados, donde aún quedan molinos, puentes y docenas de albercas para acumular el agua que a cada propietario le corresponde, siguiendo un riguroso calendario semanal.

Es este un paisaje húmedo, rico y fértil que produce verduras y hortalizas de gran calidad. Pueden adquirirse en el mercadillo de

SANTA EULÀRIA
La casa payesa de Can Planetas alberga el Centro de Interpretación del Río. El espacio se centra en la tradición hortícola de la zona, desarrollada gracias a los primeros canales y molinos instalados en época de los árabes.

GONZALO AZUMENDI

CALA D'HORT
Las casetas y los viejos muelles de pescadores aún se conservan en esta playa cercana a los islotes de Es Vedrà i Es Vedranell.

FABIAN VON POSER / AGE FOTOSTOCK

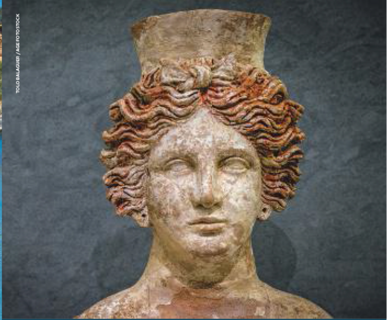
La curiosa forma de lagarto del islote Ses Margalides.

BEN PINTO / SHUTTERSTOCK

la Cooperativa Agrícola de Sant Antoni los viernes o en el de Buscastell los sábados, junto al emblemático bar Can Teixidó, epicentro de la limitada vida social y cultural de la zona. Si se acude después de unos días de lluvia, el espectáculo se multiplica, pues la acequia se desborda y el agua rompe por los bancales formando cascadas y atravesando el camino del valle en distintos puntos. A pocos kilómetros, en dirección a Sant Antoni, junto al camino de Sa Vorera, se encuentra la plantación de Can Rich, la mayor bodega de la isla, que también se puede visitar.

El norte, asimismo, ofrece otros muchos recodos dignos de ser gozados con el *tempo lento* de la primavera. El poblado de Balàfia, en las inmediaciones de la iglesia de Sant Llorenç, es, por ejemplo, uno de los conjuntos arquitectónicos más singulares de la isla. Tras la reconquista, los catalanes ocuparon las antiguas alquerías árabes y construyeron torres en las que refugiarse durante los asedios de los corsarios berberiscos, que a menudo desembarcaban para saquear alimentos y secuestrar nativos para comerciar con ellos en los mercados de esclavos africanos. Balàfia, erigido en tiempos medievales, está compuesto por cinco viviendas agrupadas, con dos torres prediales que servían como guarida frente a un enemigo despiadado

Es muy recomendable cruzar el umbral de la iglesia fortificada de Sant Miquel (siglo xiv) y admirar los frescos que recientemente se han recuperado en una de sus capillas. Desde esta posición elevada se domina la campiña del entorno y, ya de paso, se pueden visitar las tiendas de artesanos, antagónicas a la visión más comercial de Ibiza. Habrá tiempo para degustar un «licor de hierbas» en el estanco



TOLO BALAGUER / AGE FOTOSTOCK

LA DIOSA DE LOS IBICENCOS

El culto a **Tanit**, la divinidad cartaginesa de la luna, la fertilidad y la muerte, adquirió en Ibiza una gran relevancia que se mantuvo incluso durante las épocas romana y árabe. Entre los santuarios de la isla, sobresale la **Cueva de Es Culleram**, en el municipio de Sant Joan, descubierta en 1907 y actualmente abierta al público. Las figurillas y objetos votivos se exponen en el Museo Arqueológico Dalt Vila y en su extensión, el **Museo Monográfico Puig des Molins**, en una ladera de Dalt Vila. El busto de la diosa Tanit es una de sus piezas más admiradas, aunque las salas del museo albergan muchísimos más objetos, la mayoría fenicio-púnicos, desde ánforas, armas y joyas hasta utensilios de uso doméstico andalusís, estelas y máscaras funerarias. ■ **https://maef.eu.**

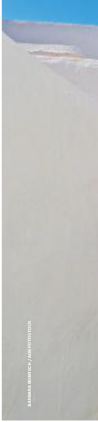
de Can Xico de Sa Torre, que viene a ser como viajar en el túnel del tiempo a inicios del siglo xx. La alternativa es el estanco de Can Vidal, en el pueblo de Sant Joan, o el legendario Bar Anita de Sant Carles, centro de la Ibiza *hippie*. Cada uno elabora su propia receta, macerando en anís las plantas aromáticas recolectadas en el bosque.

Por pequeño que sea, Sant Joan es el único pueblo norteño con un verdadero núcleo urbano. Una característica que subraya la importancia que esta localidad tenía en el pasado como la capital de la zona de Es Amunts. Posee un animado mercadillo dominical, hoy por hoy quizás el más auténtico de la isla, en el que también pueden encontrarse hortalizas ecológicas, ropa informal, gastronomía y música en vivo, con un sabor *hippie* y original. La costa cercana propone los atardeceres de Benirràs, con el Cap Bernat en mitad del horizonte, o una visita a las torres de defensa de Balansat y d'en Valls, ubicadas en sendos parajes de ensueño. Forman parte de los siete bastiones que integraban el sistema de defensa costero frente a los piratas, financiado por la Corona española en el siglo xviii.

La Ibiza auténtica y natural, sin embargo, también discurre por el sur. Su extremo meridional alberga el único parque natural de la isla, Ses Salines, cuyo territorio abraza los antiguos estanques de la sal, que se llevan explotando ininterrumpidamente desde hace 2700 años, cuando Ibiza era una colonia fenicia. Hasta la llegada del turismo, las salinas fueron siempre la principal industria de la isla.

El parque de Ses Salines abarca 3000 hectáreas terrestres y 13.000 marinas, ocupando también el norte de Formentera y el brazo de mar que las separa. Además de constituir el ecosistema con mayor variedad de aves de la isla, entre ellas el flamenco, posee extensos arenales. Pasear entre los estanques es toda una experiencia, sobre todo al atardecer, al igual que recorrer la orilla de Ses Salines y Es Cavallet, dos de las playas más vírgenes de la isla, envueltas por cordones dunares. Desde cualquiera de ellas se alcanza la torre de defensa de Ses Portes, un mirador hacia el mar de islotes que se alinean camino de la costa de Formentera.

El siguiente objetivo de esta ruta por la isla es otra atalaya de vigilancia similar, aunque construida en un paraje que quita el aliento: la Torre des Savinar, rebautizada como Torre del Pirata por el escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez en su novela *Los muertos mandan* (1909). De camino a ella conviene hacer dos paradas. La primera para tomar algo en Can Jordi, un colmado centenario de estilo indiano, en el km 8 de la carretera que une Ibiza con Sant Josep de Sa Talaia. En la última década, este establecimiento se ha convertido en el principal templo de la música en vivo de la isla, sin dejar de funcionar como tienda de hortalizas y otros alimentos. Sin necesidad de escenario, sobre el asfalto del antiguo aparcamiento o bajo el porche, se organizan conciertos de *blues* y *rock* con bandas locales y foráneas.

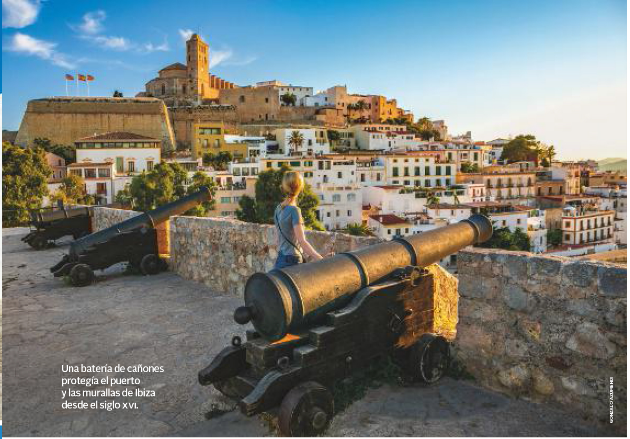


BARBARA BOENSCH / AGE FOTOSTOCK

TOLO BALAGUER / AGE FOTOSTOCK

El poblado de Balàfia, de origen islámico, reúne siete casas con torres defensivas, pozos y almadrabas.

Sant Llorenç de Balàfia, del siglo XVIII, es uno de los templos más singulares de la arquitectura ibicenca.



Una batería de cañones protegía el puerto y las murallas de Ibiza desde el siglo XVI.

GONZALO AZUMENDI

La segunda visita requiere adentrarse por la carretera de Benimussa para contemplar la plantación de olivos de Joan Benet, el productor de aceite virgen extra pionero en la isla, y las casas de arquitectura tradicional que se distribuyen por los montes. Otro territorio inalterado que permite aproximarse a la forma de vida de antaño.

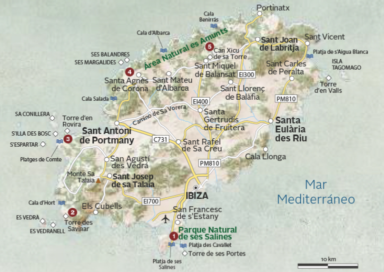
La Torre des Savinar, al igual que el busto de la diosa Tanit o las lagartijas verdes y azuladas que se esconden entre los muros de piedra, constituye otro icono de Ibiza. Para alcanzarla hay que ascender hasta un risco del Cap des Jueu, a una altura considerable, desde donde se asoma a la costa de Cala d'Hort. Las vistas son emocionantes y sobrecogedoras, por la presencia del islote Es Vedrà, que con sus casi 400 metros de altura rivaliza con Sa Talaia de Sant Josep, el monte más elevado de la isla, que tiene 475. Este monolito de piedra que emerge del mar posee un magnetismo incontestable. Desde que en el siglo XIX se refugió entre sus peñascos el carmelita descalzo Francesc Palau para pasar periodos de ascetismo, se le atribuyen propiedades sobrenaturales, algunas realmente disparatadas.

A los pies de la torre se despliega uno de los paisajes costeros más inauditos: Sa Pedrera de Cala d'Hort, que los primeros *hippies* bautizaron como Atlantis, apodo que lamentablemente ha acabado imponiéndose al topónimo original. Se trata de una antigua cantera de la que se extrajo piedra arenisca para la construcción de las murallas de la ciudad de Eivissa/Ibiza. Estos trabajos dejaron como herencia una costa recortada y escalonada en la que se forman piscinas de agua marina que adquieren un característico tono esmeralda. Tras un prolongado descenso se desemboca en un paraje impactante.

La orilla de la cercana Cala d'Hort ofrece asimismo una panorámica excepcional de Es Vedrà y su hermano menor Es Vedranell. En sus restaurantes, además, se puede gozar de uno de los mayores placeres que ofrece Ibiza: la gastronomía de los pescadores. El plato estrella es el *bullit de peix*, que conjuga distintas variedades de pescado, como mero, cabracho o el gustoso gallo de San Pedro, que se trocean y se hierven con patatas en un intenso *fumet* (caldo de pescado), salseándolos después con *all i oli*.

DALT VILA
Las calles en cuesta se retuercen hasta alcanzar la catedral y los baluartes de las antiguas murallas.

AISHA BONET PHOTOGRAPHY / SHUTTERSTOCK



Ibiza: 5 rutas de primavera

❶ **Ses Salines.** Varios paseos bordean los estanques, pasan por las playas de Ses Salines y Es Cavallet y llegan a la Torre de Ses Portes. 2h.

❷ **Es Savinar.** El camino que sube a esta torre tiene siempre los islotes Es Vedrà y Es Vedranell en el horizonte. Luego se baja a Sa Pedrera, con sus lagunas esmeralda. 3h.

❸ **Torre d'en Rovira.** Desde Cala Bassa parte una ruta que conduce hasta ella, frente al islote de Sa Conillera. El itinerario acaba en las Platges de Comte. 1h30.

❹ **Pla de Corona.** Un camino rodea este llano tapizado de almendros. Se ven los islotes de Ses Margalides desde los acantilados. 1h30.

❺ **Es Pas de s'Illa.** El istmo del islote de Sa Ferradura se alcanza desde Port de Sant Miquel y después de subir a la Torre de Balansat. 2h30.

Esta sabrosísima especialidad se remata con un arroz a banda de capa fina como segundo vuelco. Lo tradicional es comerlo directamente de la sartén. En Cala d'Hort hay tres establecimientos que lo bordan, pero también puede encontrarse en las cartas de restaurantes por toda la isla.

Prácticamente a ras de mar, también en el lado de poniente, se ubica la Torre d'en Rovira, desde la que también se oteaba el horizonte. Visitarla es la mejor excusa para acercarse después a disfrutar del crepúsculo más fascinante de Ibiza. El espectáculo, además del cielo incandescente, lo ponen los islotes que se alinean frente a la costa: Sa Conillera, S'Illa des Bosc, Ses Bledes y S'Espartar. El nombre de esta última alude al uso que le daban antiguamente los isleños como lugar donde recolectaban esparto para confeccionar cestas, cuerda y otros útiles. El mar de Platges de Comte resulta hipnótico por su transparencia y eléctrico color turquesa, y su orilla en esta época del año permanece prácticamente desierta.

ISLOTES DE ES VEDRÀ Y ES VEDRANELL
Contemplar estos peñascos durante la puesta de sol desde la Cala d'Hort se ha convertido casi en un ritual para los visitantes de la isla.

GONZALO AZUMENDI

Como colofón al viaje, para no marcharse con la sensación de que Ibiza es una Ítaca solitaria, conviene sumergirse en su capital y descubrir su cara más cosmopolita en el puerto y los barrios de La Marina y Sa Penya, un laberinto de edificios encalados donde se suceden tiendas, bares y terrazas. La experiencia culmina sobrevolando la ciudad desde el adarve y los baluartes del siglo XVI de Dalt Vila, conjunto declarado Patrimonio Mundial en 1999. Los poetas describen Dalt Vila como una «nave de piedra», por los afilados vértices de sus murallas, que recuerdan a los cascos de los barcos. Y no van desencaminados, pues los primeros en asentarse en esta colina fueron mercaderes fenicios hacia el 654 a.C. Dos siglos después, la ciudad ya tenía 3000 habitantes. En el siglo X, Madina Yabisah contaba con una fortificación de tres recintos que quedó integrada en el trazado del siglo XVI. Tras la conquista cristiana en 1235 se erigió la iglesia de Santa María, que más tarde sería consagrada catedral.

La historia de la ciudad de Eivissa se puede seguir en la extensión del Museo Arqueológico de la necrópolis púnica de Puig des Molins, y en el subsuelo del Museo de Arte Contemporáneo (MACE), con obras de artistas que vivieron en la isla en los 60 y 70. Instalado en un edificio militar del siglo XVIII, el MACE constituye una excelente metáfora del carácter camaleónico de Ibiza, una isla que se ha adaptado a los vaivenes de la historia y que muda de piel en cada estación para cautivar con su brillante gama de colores. ■

Viaja desde casa

RUTAS A PIE Y EN BICICLETA POR LA ISLA EN MAPAS Y VÍDEOS.

LA SINGULAR ARQUITECTURA IBICENCA EN UN VÍDEO DE 2MIN.

LA POSIDONIA, EL TESORO SUBMARINO DE LAS PITIÜSES.